bimiento... Otras parecen reprimir su ansia de tirar de los faldones de los *fracs*, que no pueden disuadir la idea pueril y eterna de que están hechos sólo para eso... Todas á turno saltan como gatas en un paisaje de tejado lleno de chimeneas. Cuando se las mira á todas reunidas parece que son como esos juguetes que bailan sobre la palma de la mano y hacen sentir unos grandes deseos de dar una palmadita menuda en sus nucas y de coger por aquí y allá algo salteado y exquisito, como en las pastelerías se cogen los dulces que encaprichan, alargando el brazo sobre el resto y, por fin, llevarse á la boca eso que en cada una de ellas es lo que más gusta y limpiarse después los labios blancos de *chantilly*, porque seguramente se habría probado uno de los de castillete, que tienen una guinda en dulce en el pico...

Todo esto distrae del viejo blanco, pero él sigue hablando á su ahijada en voz baja, con esa voz de los viejos furtiva y sigilosa que no se sabe hasta donde entra, que es lo que urga, ni que es lo que hace de irreparable...

Suena el timbre que les llama. El viejo blanco sonríe persuadido de lo que ha hecho y ellas se timan, por última vez, con el botón del ombligo, que á veces parece más el ojo de Fausto que el de Mefistófeles... Los jóvenes alargan las manos con más torpeza y más ingenuidad, queriéndolas retener por la cola, que es por donde siempre se quiere coger á los pájaros con cola y por donde nunca se les coge... los pobres jovencitos no saben como se toma la esencia de una mujer que es precisamente la sabiduría refinada de la nariz agudísima y sensible de los viejos blancos, que cuando salen del teatro parece que llevan media docena de bailarinas debajo del ancho vuelo de su gabán, que por eso les levanta por delante como una falda de embarazada; la media docena de bailarinas más incautas que no saben que fatalidad hay en atender á los viejos blancos y galantes, en cuyos bolsillos, chatados y despeinados, no les valdrá después nada, ni nadie, y no podrán llamar á un guardia, porque no se las oiría...

Ramón Gómez de la Serna.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CAJA:
Dos pesetas

De venta en todas las buenas farmacias de España.

LA OFICINA
13, Paz, 13
MADRID
Tel.º 1.090
Restaurant-Cervecería-Pastelería-Licores
Casa la mejor surtida por su gran variedad en fiambres y mariscos de todas clases. Vinos finos de las mejores marcas.
: GABINETES INDEPENDIENTES PARA FAMILIAS:

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS
Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes
Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547 MADRID
NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.
En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.
En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL

AÑO I. Madrid, 30 de Diciembre de 1911. NÚM. 35



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
El ramo de flores.
RAFAEL LEYDA
Doña Tolosa.
EL ADULTERIO
Opiniones de Antonio Zozaya, Guillermo Perrín, José Francés, Miguel de Palacios y Andrés González-Blanco.
LUIS ARAQUISTAIN
Orgiástica.
JACINTO CARMÍN
¡Al fin solos!...
LUIS ALEIXANDRE
Un caso de disciplina.
TOMÁS BORRÁS
Psicología.
FÉLIX RECIO
Balance del año.
PEPE ONTIVEROS
Mis aventuras amorosas.
TOVAR, CYRANO, BLAS, SOTA, ERNESTO, HITO, BARRACHINA, CASTAÑO y ALFONSO
Caricaturas y retratos de La Nonja, Petra Otero, Pastora Imperio Gallito Antonio Zozaya, Guillermo Perrín, José Francés, Miguel de Palacios, González-Blanco y otros dibujos.

5 cénts.

CARAS BONITAS



LA NONJA

El modelo viviente, por otro nombre. «Danseuse» modelo de distinción y de hermosura, que esta noche debutará en el teatro Romea.



EL 1912

VA Á SER EL AÑO DEL GOCE

Pasado mañana, lunes,
el año nuevo *debuta:*
lo que á decir equivale
que nos preside la Luna,
tradicional protectora
de las pasiones ocultas,
los tenorios callejeros
y las palomas nocturnas.

✣

Buen año para las *socias,*
las *golfantas* y las *furcias*
que salen—al lucir Febe—
de sus casas, á la husma
de los pobres vergonzantes
del amor, y á la rebusca
de los mil hijos de Cabra
que por las calles pululan.

✣

Buen año para los trotes
de esas mujeres adúlteras
que ponen á sus maridos
en los cuernos de la Luna,
y entre los velos se esconden
de las tinieblas obscuras,
y con el manto de Diana
se defienden y se escudan.

✣

Buen año para las hembras
languidecientes y mustias,
y las viejas cotorronas
y las chavalas impúdicas,
que en las sombras de la noche
se desvanecen y esfuman
como visiones eróticas
y como fantasmas lúbricas.

✣

Buen año de proxenetas
y *acompañantas* y brujas,
para las cuales no hay roto
del honor que ellas no zurzan;
buen año de tercerías,
trapicheos y coyundas,
relaciones morganáticas
y enlaces de mano zurda.

✣

Buen año de compromisos,
y trapisondas, y nupcias
por detrás de las iglesias
que tanto en España abundan;
buen año de clandestinos
amores, querencias turbias,
matrimonios rescindibles
y adoraciones nocturnas.

✣

Buen año de cohabitantes
en ciertas mansiones públicas,
á las que el gran galeoto
del Estado matricula:
casa de todos, en donde
las parejas se refugian
y, á imitación de los tórtolos,
se acarician y se arrullan.

✣

Buen año, en fin, para todas
las pasiones que se ocultan
de la luz del sol, y aguardan
la aparición de la Luna,
tradicional protectora
de las relaciones turbias,
los tenorios callejeros
y las palomas nocturnas...

Carlos Miranda.

EL RAMO DE FLORES

MANOLO era, por aquel entonces, el mozo más gallardo conque contaba el arma de caballería.

Joven, apuesto, decidor, elegante, excelentísimo jinete, hábil esgrimador, celoso en el cumplimiento de sus deberes militares, y tan celoso, por lo menos, en el cumplimiento de sus masculinos deberes, sus jefes le apreciaban, sus compañeros le querían, adorábanle sus soldados y las mujeres se pirraban por él.

Cuando se ajustaba su uniforme de húsar, vuelto hacia arriba el áspero bigote, erguido el cuerpo, atornilladas las rodillas al vientre del caballo y dominado éste por la sin par destreza del caballero, cruzaba Manolo las calles de Madrid, no había hombre que no le envidiara, ni mujer que no le siguiese con la vista.

Manolo, por tener suerte en todo, había tropezado con dos seres humanos que le eran fieles: su asistente, un chicarrón aragonés, más fuerte que un mulo y también más animal que un mulo, y su querida, una duquesa de linaje rancio y carne joven, encantadora viuda que le rendía su voluntad.

Habitaba Manolo, que tenía por caudal único su sueldo, una modesta casa de huéspedes, y habitaba la duquesa, que contaba por docenas títulos y millones, un palacio espléndido. El mozo iba á almorzar á diario con la duquesa, y aseguran las malas lenguas que, después del teatro y de despedirse públicamente de la hermosísima aristócrata en la puerta grande del rico palacio, volvía la esquina y, aprovechando los buenos servicios de una puerta falsa, entrábase por la casa señorial adentro, y dentro de ella estaba hasta que las primeras tintas del crepúsculo matutino blanqueaban el horizonte.

En una de estas salidas crepusculares, atrapó el galán un constipado, y, cuando al mediar el día, abrió los ojos, dióse cuenta de que le era imposible ir al cuotidiano almuerzo con su querida.

—¡Ramón! ¡Ramón!—gritó el oficial con voz gangosa.

—¿Qué quié usté, mi *tiniente?*—contestó el ayuda de cámara cuartelero presentándose en la habitación.

—Mira; vas á llegarte á casa de la señora duquesa y le dices que estoy constipado, muy constipado, con calentura, y que no puedo ir á almorzar con ella. ¡Ah!... Tráete almuerzo, de paso.

Salió el asistente al galope, y Manolo, arrebujándose entre las sábanas, se puso á maldecir de su mala suerte

✣

No había transcurrido media hora, cuando volvió Ramón trayendo en las manos, cubierta por una servilleta, una bandeja de grandes dimensiones.

—La *señ.i* duquesa, *qui* siente mucho le del *constipao* y que *salivie osté.* Aquí traigo el almuerzo.

—Pues anda, sírvelo deprisa.

Levantó Ramón la servilleta, ¡y cuál no sería el asombro del oficial viendo que, sobre la inmensa bandeja de plata, extendíase un lujoso servicio, también de plata, y de artística hechura!

—Oye—preguntó á su asistente,—¿de qué café has traído el almuerzo?

—De *nenguno.*

—¿Cómo de ninguno?

—¡A ver! *Li* he dicho á la duquesa que *osté* estaba enfermo, que no podía *dir* á almorzar, que me diese el almuerzo. *Mi* lo ha *dao* y lo *hi traido.*

—¡Animal! ¡Bruto!... ¡Imbécil! —¡Me has puesto en ridículo! ¡Qué habrá dicho Fernan-

NUESTRAS COCOTAS



PETRA OTERO

da!... ¡Voy hacer albondiguillas con tu carne!

Y tirando de hoja, descargó sobre las espaldas de su asistente una docena de cintarazos.

—¡Ay! ¡Ay! Pero *¿qui' hecho* yo?

—¡Qué has hecho!...¡Qué has hecho!...¡Una friolera!— respondió Manolo dejando el sable sobre una silla y metiéndose en la cama otra vez.—¡Una friolera! Escucha—añadió.

LOS ESTRENOS DE PASCUAS



—¿Qué te ha parecido la pieza de Martínez?
—Demasiado larga.

—Ahí en mi bolsillo hay cinco duros cógelos. ¿Está ya?... Bueno. Ahora fíjate bien en lo que te mando.

—*Descuidie osté.*

—Con estos cinco duros, te vas al puesto de la Carrera de San Jerónimo.

—Sí, *siñor.*

—Pues le dices á la florista: «Hágame usted un ramo de cinco duros para el teniente Alonso. Cuando esté hecho el ramo, lo pagas, lo coges y te marchas en casa de la duquesa ¿Entiendes? Preguntas á Juana, la doncella, por su señora y que la llame, porque tienes que darle un recado á ella, á la señora misma, de mi parte. ¿Te enteras?

—Sí, *siñor.*

—Cuando la señora salga le entregas el ramo y añades: «Señora, ha dicho mi amo que perdone Vuecencia mi brutalidad y que aquí tiene Vuecencia este ramo de flores.» ¿Has comprendido?

—Sí, *siñor.*

—A ver, á ver; repite el recado, no vayas á decir otra estupidez.

—*Siñora*—balbuceó Ramón repitiendo las anteriores palabras de Manolo,—*siñora*, ha dicho mi amo que perdone *ucencia* mi *brutaliá* y que aquí *tié ucencia* este *ramico* e flores.

—Perfectamente. Vete á escape y cuidado, con que incurras en otra salvajada, porque te desuello vivo.

✣

Salió Ramón como un cohete; llegó al puesto de flores, dió los cinco duros, recogió el obsequio, dirigióse á casa de la duquesa, habló con Juana, y cuando Fernanda salió al gabinetito, donde el asistente aguardaba, éste, saludando militarmente, le alargó el ramo y murmuró:

—*Siñora*, ha dicho mi amo que perdone *ucencia* mi *brutaliá* y que aquí *tié ucencia* el *ramico*.

—Bien, hombre; bien; dile á tu amo que no se preocupe.

Y la duquesa, abriendo su portamonedas, entregó dos duros á Ramón.

—No, *siñora*—dijo éste,—*ucencia s'equivoca*... Son cinco duros.

Joaquín Dicenta.

DOÑA TOLOSA

En el mesón de un pueblecillo manchego, cuyo nombre no hace al caso, juntáronse por azar dos mercaderes que á las ferias de Andalucía se encaminaban con tres arrieros que de ella volvían. Como al vino los mosquitos, acude la gente maleante al olor del dinero. Y así, no tardaron en presentarse en el mesón un hidalgo de Mairena, que á la corte iba á pretender, y un jayán que venía de la guerra, ambos con las mayores traza de pícaros que han visto la playa de Sanlúcar, el Potro de Córdoba ó el Compás de Sevilla. Llegaron después unos de la Santa Hermandad que tenían el encargo de limpiar Sierra Morena de malhechores, y mientras hacían valor para penetrar en sus fragosidades y angosturas, con vigilarla de lejos se contentaban. Finalmente, y ya al caer de la tarde, aparecieron tres mozas, de estas que llaman *de partido.*

Llamábanse, por buenos nombres las dos de ellas, La Tuerta y la Mellada; respondía la tercera al de Tolosa. Y eran tales, en cuerpo y cara, que cualquiera podía reputarla como la virtud opuesta al tercer pecado capital. Mas con todo, parecían mujeres, y los huéspedes eran de buena boca y fáciles de contentar. Además no eran viejos y estaban alegres. Los arrieros con las realidades que traían; los mercaderes con las ilusiones que llevaban; los de la Hermandad porque veían que, en tanto ellos no se acercasen á la Sierra, la Sierra no se acercaría á ellos; y los pícaros porque atisbaban el filón de tentadora mina.

Así es que acogieron con regocijo á las coimas y determinaron pasar allí la noche en amor y grata compañía; partiendo cada cual por su camino y á sus asuntos á la siguiente mañana.

Mientras preparaban la cena salieron á la puerta á tomar el fresco. Pespunteó el hidalgo con arte la guitarra y cantó algunos romances, de amoríos todos y ninguno honesto. Las mozas fueron requeridas para que bailasen. Y como ellas eran de natural bueno y complaciente y de largo tiempo tenían la costumbre de no negarse á nada, lo hicieron, aunque con la peor gracia del mundo.

Con esto llegó la hora de la cena y yantaron juntos. Pronto el vino desató las lenguas. Y

MATRIMONIO «DESHECHO»

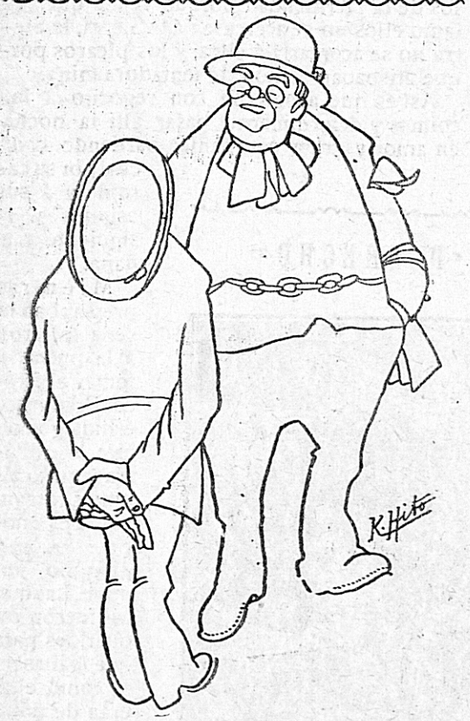


GALLITO Y LA PASTORA IMPERIO

Ella, dicen, que volverá á bailar. El aseguran que seguirá bailando... Y no pasará más.

hacia las mujeres convergió la charla, como por cima de la mesa los ojos y por bajo manos y pies. Invitadas á que contaran sus hazañas, no se lo hicieron de rogar. Y dijo la Mellada:

—No creáis que siempre me ví como ahora. Casada he sido y mi esposo el hombre mejor adornado de excelentes cualidades que se puede encontrar en el mundo. Figuráos cuál sería su honradez, así como su



—¿A que no sabes á dónde han destinado á Coll? A Port-Bou.

—¿Port... qué?

—Port-Bou.

apacible condición, que la vez primera que me halló en cierta niñería con un estudiante, se limitó á echarnos un jarro de agua en la cama, diciéndonos con aquella bondad de que él se apreciaba mucho: «A los bellacos, mojallos.»

—Era un bendito—suspiró—y no me vería yo en estas andanzas, si el rey no hubiese tenido á bien llamarle á su servicio.

—¿Con que sirve al rey? ¿Y en qué guerra?—interrogó con suficiencia el soldado.

—Ya os dije que él tenía un natural muy pacífico. Así es que le sirve remando en sus galeras, que de todos necesita el rey nuestro señor.

—No por mi mala suerte sino por mi buen corazón—dijo la Tuerta—, me encuentro yo como me encuentro. Pues bastó, cuando no tenía más de quince años, que un caballero me pidiera la llave de mi casa para que yo se la diese. Y desde entonces ninguno me ha dicho «envido» que yo no le contestara «quiero». Y así, abandoné á mis padres. Y perdí mi fortuna, dejando á un oidor que igual que á una reina me tenía. Y perdí mi belleza al huir con un rufián, que en venganza de mi partida rasgóme la cara, vaciándome este ojo.

—Y tú, Tolosa, ¿no tienes nada que contar?—interrogó uno de los mercaderes.

—No me digas Tolosa, dime doña Tolosa—contestó la interrogada con voz torpe por las libaciones copiosas.—Así me llamo, porque así lo he prometido.

—¿A quién?

—A un caballero andante. Al mejor caballero que hubo nunca en España.

—¿Y cómo fué eso? insistieron los otros, pensando reir á costa de su borrachera.

—Veréis. Fué hace siete años. Yo venía de Toledo. Topé en el camino con un trajinante que marchaba á Sevilla y determinamos hacer noche en una venta. Allí le conocí. Llegó al anochecer. Yo estaba á la puerta con otra moza antequerana llamada la Molinera. Al verle que venía cabalgando con gran estrépito de armas sobre su rocín muy flaco, nos asustamos y huímos. Entonces él nos detuvo con corteses y extrañas razones. Nosotras le escuchábamos sin entenderle; pero al oir que nos llamaba doncellas, soltamos la risa.

Después de hablar largamente con el ventero, descabalgó y entró. Sin que dejara de hablar, comió luego, ayudándole nosotras, pues él solo no podía por tener la celada puesta, que no consintió que se la quitáramos. Y acabada la comida se fué al patio con sus armas. Seguía yo sin entender nada de cuanto hacía ni decía. La Molinera y el ventero tachábanle de loco.

... Y estaba en la cama despierta esperando á mi arriero, cuando oí un gran ruido. Me levanté. Y asomándose á la ventana que daba al patio, esclarecido por la luz de la luna, vi que junto al brocal del pozo yacían tendidos dos hombres, uno de los cuales me pareció el mío. El caballero, en medio, daba fuertes voces á los otros arrieros que desde un lado del corral le apedreaban. Y sus palabras eran tan briosas que, al fin, acobardados, dejaron de tirarle. El ventero entonces recogió á los caídos que tenían la cabeza rota. Yo me volví á la cama.

Pero no podía dormir pensando en aquellos extraños acontecimienlos. ¿Quién sería el caballero? ¿Por qué había herido á mi hombre? Recordé las razones tan corteses, las finas palabras con que agradeciera mis servicios. Al desarmarle dijo así:

Nunca se vió caballero
de damas tan bien servido.

¿Dama yo?... No pude menos de reirme. Pero ya no me reía... ¿Se habría enamorado de mí? Bah, un caballero... ¡Imposible! ¿Y por qué no? ¿Acaso no era yo también mujer... y no fea?... Domineme pensando en que vendría...

—¿Y fué?

—No vino. Antes del alba me llamó el ventero. Fuí con él al patio. El caballero seguía allí. Después de varias ceremonias, para mí incomprensibles, le ceñí yo la espada. Y cuando lo hacía me preguntó mi nombre. Le respondí que me llamaba la Tolosa y que donde quiera que fuere le serviría y le tendría por señor. Y él me replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante me llamase doña Tolosa. Así se lo prometí yo. Luego marchóse y no le he visto más.

Calló la mujer. No la hacían caso. Siguió bebiendo.

Terminada la cena, fuéronse á sus cuartos la Mellada y la Tuerta. Y es fama que no les faltó aquella noche compañía. Los que con ellas no hallaron acomodo, buscáronle en los naipes. De esta partida fueron el hidalgo y el militar.

Nadie se acordó de doña Tolosa, que rodó por el suelo borracha y en un rincón quedóse dormida.

✠

Mediaba la nocne. Uno de lo arrieros, á quien habían vaciado el bolso.se separó del juego, y marchóse en busca de cama. Pero antes de llegar á la puerta sus pies se enredaron con los de doña Tolosa, y vino al suelo sobre ella.

Al golpe medio despertó la mujer. Extendió los brazos que encontraron el cuerpo del otro, y apretándolo fuertemente contra su pecho, suspiró:

—¡Don Quijote! ¡Don Quijote!... ¡Amor mío!...



Ella.—Antes no eras así; desde que te has hecho del Club Naútico, no haces más que regatear.

Y subiendo las manos hasta sujetar la cabeza del arriero, la atrajo hacia la suya y en sus labios manchados de vino puso un beso largo y ardiente.

.....

.....

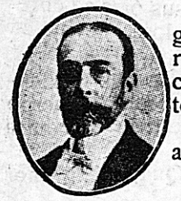
Levantóse doña Tolosa. Avanzó hacia la puerta con paso vacilante y la abrió. Alboreaba. En el fondo del portal sonaban blasfemias, disputas, chocar de dinero...

Doña Tolosa salió de la posada y tomó por la carretera, al acaso...

Rafael Leyda.

EN CASO DE FLAGRANTE ADULTERIO

¿CUAL CREE USTED QUE DEBE SER LA ACTITUD DEL MARIDO?

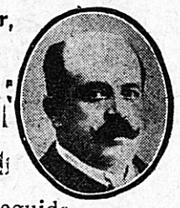


Hallar en el lecho conyugal á un amigo (los traidores son siempre amigos), es como encontrar cien parásitos en la ropa interior.

Es preciso matar. Pero ¡si antes se hubiera sido limpio!

ANTONIO ZOZAYA.

•



¿Qué actitud debe adoptar,
un hombre que á su mujer
con *otro* llegue á coger?...
Pues la actitud de *arrancar*
Porque es caso de *bramar*
y de *arrancarse* y de herir;
en que no debe impedir
ni el *coleo* la *cogida*;
debe haber *hule* en seguida...
ó á la *Muñoza* á vivir!...

GUILLERMO PERRÍN.

•

Me pregunta usted, querido Gómez Hidalgo:

«En caso de flagrante adulterio, ¿cuál eree usted que debe ser la actitud del marido?»



Y contesto yo:

Todas me parecen buenas, menos el duelo y los Tribunales de justicia.

La mujer puede tener el derecho á poner en ridículo á un hombre; pero ese hombre tiene el deber de no echar sobre sus espaldas mayor peso de ridículo, exponiéndose á que se repita una vez más un conocido refrán español, ó placeando su deshonra de tal modo que el público saboree en la Audiencia y en los periódicos detalles vergonzosos, casi nauseabundos, del adulterio.

Claro es que debe tenerse en cueuta también la psicología del marido español, que casi siempre es un caballerete amigo de queridas, de juergas y de gastar el dinero de la mujer rica, sin perjuicio de matarla cuando ella quiere hacer lo mismo.

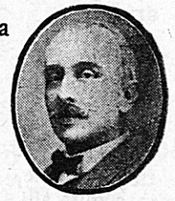
Esto tampoco debe tolerarse.

Y así como el hombre que no tiene que hacerse á sí mismo ningún reproche respecto de la fidelidad conyugal puede ejecutar cuantas violencias le parezcan oportunas en un caso semejante, el hombre incapaz de hacer feliz á una mujer debe limitarse á volver la espalda á los amantes y procurar que el mundo olvide su vergüenza.

JOSÉ FRANCÉS.

•

Voy á contestar en serio
al tema comprometido,
de la actitud de un marido
en un caso de adulterio.
Estas cosas ni aun en broma
se deben de tolerar
y se deben contestar
con un *dale* y con un *toma*.
Dale, dos tiros al punto
á la mujer; y es probado
que dejas solucionado
en un momento el asunto.
Y *toma*, con el amante
la misma resolución,
y terminas la cuestión
y te quedas tan campante.



MIGUEL DE PALACIOS

•

¡Mi cordialísimo é íntimo amigo Paco Gómez-Hidalgo tiene unas preguntas!... ¡A cualquiera se le ocurre venir á un mozo soltero y libre de costas, ya que no de polvo y paja, á interrogarle acerca de esas cosas confusas y laberínticas del matrimonio, el adulterio y otros excesos!...



Francamente, si he de decir la verdad, clara y explícita, con permiso del señor fiscal, la primera tontería del mundo me parece el matrimonio. Una vez cometida esa tontería, todas las demás vienen enredadas como las cerezas. Y hay que padecerlas por obligación.

Si el amante es discreto, lo que debe hacer el marido es dejarle vivir para mayor

honra y gloria de la descendencia; que así nacerá con mezcla de distintas razas y tipos.

Si el marido es de los voceadores y que todo lo gritan por plazas y plazuelas, debe procurar despachar al esposo antes de que el esposo le despache á él.

Pero la verdad es que Don Juan nunca temió morir á manos de un marido ultrajado. Y si muere, muere con honra, porque

un bel morir tutta la vita onora.

En suma, lo mejor es evitar el casarse para evitar los riesgos y quiebras y gajes del oficio, ó como si dijéramos los accidentes del trabajo conyugal.

Yo en esto me atengo á lo del proverbio inglés:

«No tengas periódicos, ni casas de campo, ni amantes; siempre habrá imbéciles que tengan todo esto para tí.»

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

ORGIASTICA

Coronadas de pámpanos sus sienes,
á estilo de una helénica bacante,
mi hermosa amada, fresca, exuberante,
me atormenta con lúbricos desdenes.
Vierte champán, y el vaso cristalino
lo llevó hasta los bordes de su boca;
hace una mueca picaresca, loca,
y apura imperturbable todo el vino.
De mi amor el torrente se despeña
y trato de abrazarla violento;
mas ella, disfrutando en mi tormento,
se ríe, se resiste y me desdeña.
Otra vez lleno y otra vez le arrimo
el vaso, que ella apura hasta las heces;
yo brindo y ella bebe cuantas veces
la crátera á sus labios aproximo.
Y cuando un resplandor del nuevo día
pone forzoso término á la broma,
mi amada, ebria, en mis brazos se desploma
pidiéndome más besos todavía...

Luis Araquistain.

EN LA DIRECCION



La mamá.—No me negará usted que á la niña la sobran condiciones para «divette.»

¡AL FIN, SOLOS!...

CUANDO la comitiva regresó de la iglesia, Pepito López estaba pálido y ojeroso... El ajetreo de los días pasados, atendiendo á todo, multiplicándose para acudir á una y otra parte y que ninguna falta se notase, habíanle, literalmente, rendido.

En un momento en que se halló solo junto á su madre, la duquesa, que tanto había luchado para conseguir apartarle de la vida alegre y desigual, que llevara durante mucho tiempo y que se uniese castamente á Matilde Otero, noble y rica, educada en los principios de la moralidad más austera, Pepito López tuvo una frase de cinismo y de sinceridad:

—Palabra, madre, que si yo sé á tiempo lo que cuesta el amor legítimo, no me caso... Creo que habría preferido el amor libre.

A las dos de la madrugada vió por fin marchar al último coche, y tendido en una «chaiselongue», murmuró con satisfacción:

—¡Al fin solos!

Luego dejó á su esposa con la doncella y comenzó á reflexionar con mucha lógica:

—Evidentemente voy á estar deplorable esta noche, y es la verdad que la felicidad de un matrimonio depende de la primera impresión dejada por el esposo en el espíritu de la esposa. ¿Por qué ir entonces al fracaso? Yo debo ser en esta primera noche de bodas, no sólo un profesor, sino un iniciador, y nada debe impedirme dejar para mañana la apertura del curso. Matilde no sabe nada de la vida, y encontrará esta abstención muy natural. Así, pues, sea esta noche una buena noche reparadora, pasada fraternalmente junto al bien amado, y mañana ¡á la victoria!

Serenado por esta firme resolución si no viril, entró con paso lánguido en la cámara nupcial, donde Margarita le esperaba confusa y ruborosa, medio hundida la cabeza en las almohadas, pero mirándole más curiosa que inquieta. La abrazó y besó en la frente, se deslizó en el lecho á su lado, apagó la bujía y se dispuso á saborear el bien ganado descanso.

No deseaba otra cosa mejor que dormir y pronto lo hubiera logrado á no impedírselo los sobresaltos nerviosos de su mujercita á intervalos desiguales, como si recibiese el choque de una pila eléctrica. La excelente comida, el vino de Champaña, el *Boston*, la presencia insólita de aquel hombre á su lado, todo esto hacía que la joven estuviese muy agitada.

Pepito López hizo como que no se enteraba y aparentó dormir. Pero la agitación persistía y al fin Matilde, le llamó:

—¡Pepito!

Pepito López contestó con un ronquido.

—¡Pepe!—volvió á decir Matilde.

—¿Qué quieres? ¿Estás mala?

—No, no estoy enferma. Es que... ¿No te ha dicho nada tu mamá?

Jacinto Carmin.

BAILES DE PASCUA



El.—¡Te adoro! ¡Te idolatro! Te...

Ella.—Mira, Paquito, los discursos son para cuando se dispone de tiempo... Ahora estamos muy de prisa. Conque...

UN CASO DE DISCIPLINA

LA discusión iba tomando caracteres poco en armonía con ánimos pacíficos. Tratábase, «lisa y llanamente», de poner en claro hasta qué punto debía hacerse caso de la disciplina de una ú otra clase social.

De pronto, un contertulio, callado durante largo rato mientras todos hablaban, intervino:

— ... Yo estoy de acuerdo con vosotros con todos vosotros. Pero... Todo es relativo en este mundo, todo... Y para demostrároslo, si lo queréis, os contaré un caso de disciplina muy curioso que ahora recuerdo.

Tratábase de un feliz matrimonio—todos son felices hasta el día en que dejan de serlo—procedente de condición humilde.

El, militar de «clase», nada más, era un tipo vulgar, torpe, quizá desagradable, con su afán supremo de respetar la disciplina.

Ella, por el contrario, alta, rubia, blancota, joven; era lo que hemos dado en llamar «una buena mujer».

Un día unas maniobras militares, ó algo así, hizo tropezar al marido con un nuevo jefe, que poco á poco comenzó á visitar la casa.

Era un capitán joven, apuesto, parlanchín, simpaticote. Uno de esos hombres que «se ven bien», que se atreven «á poner sitio á una plaza», por fuerte que ella sea, y que si una vez, por casualidad, consiguen rendirla, se hacen «imposibles...»

Ocurrió así que el capitán se enamoró un día de Dolores, la mujer de su subordinado, y que ella le aceptó.

Hubieran seguido las «relaciones adúlteras» en silencio sabe Dios el tiempo. El capitán era discreto. Los compañeros solían gastarle bromas en el cuarto de Banderas sobre la causa por que adelgazaba, perdía «reservas» y notábansele ojeras; pero él, reservón, siempre negaba y decía, cuando era más explícito, que estaba delicado, y «había pasado la noche con Dolores...»

Pero un día quiso la Fatalidad que el militar de «clase», marido de Dolores, enviado á cierto recado «urgente» por su capitán, tuviese la ocurrencia de subir á sorprender gratamente á su mujer con su visita.

Fué una sorpresa triste para el visitante lo que su vista halló. Utilizando el llavín que consigo llevaba siempre, penetró sin hacer ruido en la estancia conyugal, y en ella encontró á su mujer y al capitán, su jefe.

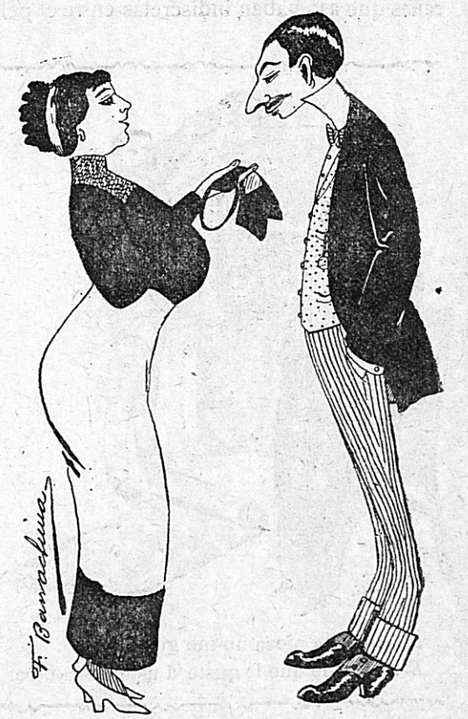
El estaba sentado en una silla; ella también... luciendo una «toilette» poco adecuada para recibir una visita.

Los sorprendidos palidecieron sin variar de posición. El «visitante» confundido, atónito, maquinalmente se cuadró y dijo:

—¡A la orden, mi capitán! ¿Manda algo?

El capitán, repuesto, al ver «el efecto producido», sacrificó el honor de un hombre á su chistomanía, y con sangrienta sonrisa, contestó:

—¡Agua caliente!



—Para que veas que no he perdido el tiempo en mi visita á Marruecos: he aprendido á hablar en árabe, á hacer corbatas... á la española.

—¿Pues cómo son las marroquís?

—¡Ay, hijito: de cuatro y cinco nudos!

Luis Alexandre.

PSICOLOGÍA

I

Las dos.

Oyó sonar el reloj, adormilado. Después, abriendo los ojos, se desperezó lentamente y emprendió la captura de las prendas de vestir.

El agua fría le reaccionó al lavarse. Se quedó mirando en el espejo del tocador sus ojeras violáceas, las arrugas profundas que le surcaban la frente, algunas canas que asomaban indiscretas entre el pelo



Ella.—Esta pieza no me gusta.

El.—Puede que le guste á usted esta otra.

azabache. Su rostro tenía un gesto de cansancio y de hastío que le preocupó.

—Decididamente, me voy haciendo viejo.

Vestido ya, se puso á trabajar en su novela:—CAPITULO XXIII.—PSICOLOGÍA.

«Las mujeres—siguió escribiendo—tienen una transparencia de cristal para el observador. Las complicaciones psicológicas que nos presentan los autores franceses, no existen. Su vida espiritual es una monótona vida que transcurre siempre entre las mismas emociones. No se necesita ser un lince...»

El correo. Entre las cartas venía una perfumada, escrita en una letra apretada y menuda. Letra de mujer:

«Admirado maestro»... Era una carta de amor, una cita. El novelista, gran cultivador del género erótico, las recibía á menudo. Las mujeres buscan, para las batallas de amor, á los generales más sabios... ¡ó á los más brutos.

La cita era para las cuatro. «Soy una elevada dama». Muy bien. Comería, y luego... —«Estaré comprando dulces á las cuatro en punto en «La Parisién». Me conocerá usted por el traje; gris con adornos de plata. Llevaré un ramito de violetas en el pecho. Soy rubia, como su heroina de *La Vida y el Amor*. Quiero saber si es usted como me le figuro...»

¡Magnífico.

II

—Las dos—bostezó. Pensaba en la «elevada dama». Era un gran vaso de amor desbordante. Tenía una ingenua sabiduría para amar que la hacía terrible. ¡Qué diferencia entre aquella y las vulgares amadas, mercenarias ó caprichosas, que pecan por un vicio que á ellas les parece refinado! No sabía de aquella divina perversa casi nada y, sin embargo, sabía de ella lo único interesante: su amor. Era verdaderamente una gran dama... de pecado.

El correo. Leyó: «Admirado maestro: ¡Qué poco saben las mujeres! Te citaba una elevada dama y ha ido á la cita su doncella. Sin embargo, tú has confundido á una vulgar criada con una magnífica señora. Necesitaba convencerme de que todo lo que escribís es caprichoso. No conocéis el corazón femenino. No le conoceréis nunca. Os lo priva el ser hombres, es decir, el pasar de espectadores á actores. Y comprenderás...»

Sonrió ante la sutileza femenina. Estaba bien seguro. ¡Una doméstica aquella elegante figulina de nieve rosa! Era tan delicada que ni aun en el anónimo quería que supiese que le habia ofrendado su boca. Y si *ella* fuese la criada, ¡oh!, entonces la criada era una dama señoril.

—«Y comprenderás...»

Al poco rato estaba vestido y trabajaba.—CAPITULO XXIII.—PSICOLOGÍA.

Releyó lo escrito. Y borrando «No se necesita ser un lince...», escribió: «Sin embargo, á veces.»

Tomás Borrás.

tertulia. La despedida no pudo ser más fría. Seguramente á cinco grados bajo cero. Aquella misma mañana, al darle los toques en la laringe, devolvió, segun referencias, la longaniza revuelta con todo lo que había bebido, sobre el paciente doctor, que parodió muy á su pesar al buen Sancho Panza. Eso es lo que sacan en limpio en las consultas gratuitas, la ropa sucia. Yo tambien saqué algo de estas oficinas; que me llamaran «¡Ontiveritos bonito!», en son de burla, naturalmente.

•

Salud y Lola, conocidas por *Las hijas del ciego*, eran una pareja de baile de primera.

Yo, como todos los que las vieron bailar en teatros ó cafés, las aplaudí á rabiar; pero solo me había fijado en ellas como artistas hasta una noche que en el Café de las «Igarrotas» me fijé en Lolita como mujer, por un suceso digno de mencionarse.

El año que se quemó el teatro «Eldorado» estuve propuesto para trabajar en él (como el anterior, con Pinedo) en calidad como de «otro primer actor».

Cerbón, precedido de gran fama justificada á mi modo de ver, pues creo fué el actor cómico más gracioso de su «hornada» era la primera figura contratada por la Empresa para defender sus intereses.

Cerbón no fué partidario de compartir los triunfos escénicos con nadie y se conoce que me juzgó competidor peligroso después de verme en *El santo de la Isidra, Enseñanza libre, San Juan de Luz, El puñao de rosas, María de*

ofertas, incluso Pepita, una de las dueñas, y tampoco acepté por tratarse de mujeres. Entonces el tocador y los cantadores se trasladaron á mi mesa, y antes de que pudiera impedirlo pidieron á voces dos botellas, añadiendo:

—¡Niñas! Venid, que convida Ontiveros.

Todas á una se agruparon á mi alrededor y empezó un tiroteo de frases alusivas al desprecio.

Véase la clase.

LOLA.—¿No manda *usted* un chatito á ese señor que parece del teatro?

CRISTOBALINA.—¿Pero ese es artista? Pues hija, parece tratante en cerdos, ¿Verdad, Pepe?

—Algo tiene de tratante—contesté yo—, pero no en cerdos, sino en ropas y alhajas empeñables; tiene una casa de préstamos en Sevilla y unas cien cabras de leche en un carmen de Granada y más dinero que Carreras.

MERCEDES *(La fea)*.—Yo creí que no os conocíais.

YO.—Sí, desde niños.

OTRA.—Pues no lo parece.

YO.—Pues no te quepa duda; fuimos juntos á la clase de Declamación del Liceo de Granada, donde le vió trabajar mi difunto padre, que por entonces era vicepresidente de la Diputación Provincial y que lo propuso para que viniera pensionado á este Conservatorio, consiguiéndolo.

LOLA.—Pues ya tenía obligación de convidarte al entrar.

—Será una distracción—contesté yo—¿Verdad Servando—añadí luego.

—Efectivamente—me contestó—; estoy pensando en mi debut.

BALANCE DEL AÑO

MATILDE y Juanita Suárez charlan junto á la chimenea, reclinadas indolentemente sobre un diván; las piernas y los brazos extendidos, los bustos hacia atrás: hablan lentamente, rendido el ánimo al cansancio de los excesos de fin de año. El rostro de Matilde tiene la palidez de la hostia; sus ojos negros, la dulzura de la súplica; sobre sus párpados, que el cansancio pintó de violeta, el ala de sus grandes sombreros rojos de pecadora, proyectan una larga sombra.

Juanita Suáres es rubia, alta, delgada; un escultor amigo suyo, la utilizó como modelo, para concluir su estatua de *La Ilusión*, premiada en Venecia con medalla de oro. Todo en ella es flexible, largo y ahilado: sus carnes tienen la blancura de los lirios; su cuerpo recuerda la inconsistente silueta de esos filamentos de neblina que las tierras húmedas exhalan en invierno, bajo el cielo gris de los crespúsculos.

Cerca de las dos amigas, Dolores, pobre lumia licenciada ya por los años del ejército de Citeres, medita extendiendo hacia el fuego del hogar sus manos, rugosas y frías.

MATILDE *(preparando un cigarrillo)*.—Nada; te juro que nunca me he aburrido tanto como anoche.

JUANA.—Y yo; da asco salir á la calle.

M.—¿Qué te dijo el barón al marcharse?

J.—Nada.

M.—¡Indecente!

J.—¿Y á tí?

M.—Nada, tampoco. Ni siquiera se despidió...

DOLORES *(como despertando de un sueño y sin volver la cabeza)*.—¿Creéis que Ramiro vendrá?

J.—No lo creo.

M.—Ni yo.

J. *(pensativa)*.—Siguiendo como vamos, ignoro á qué abismo de desventura iremos á parar. Nuestro oficio está perdido. Yo no soy vieja y, sin embargo, recuerdo que antes los hombres no eran así; tenían más alegría, más dinero... ó más coraje para gastarlo.

D. *(filosófica)*.—Todo va de mal en peor.

M. *(tras una pausa)*.—El primer año que



MUESTRAS «CON» Y «SIN»

los Angeles, La Fiesta de San Antón y alguna otra «tontería» teatral por el estilo.

Demostró mi aserto oponiéndose á que trabajara con él, y quedé sin contrato aquel verano como caso excepcional y sin dinero, como caso frecuente todos los inviernos, primaveras y otoños.

Los anteriores estíos nunca me faltó lo suficiente para veranear ora en San Sebastián, ora en Canencia, gracias á la repleta caja de los señores Arregui y Aruej, mis siempre queridos y admirados empresarios de Apolo.

Conste que no es «coba», pues me cerré aquellas puertas con «filtraciones» y «desbordamientos» que ya no tienen remedio.

Además, que ya no me darían el sueldo que actualmente cobro y que en ese teatro sólo han pagado á Carreras, que además de su crédito y laboriosidad no tiene vicios ni «genialidades».

¡Vaya un auto-bombo que me estoy propinando! No lo tomen á mal; es muy humano y no tengo abuela desde hace muchos años.

Volvamos á Lolita y al por qué nombro á Cerbón en mis amores.

Dos noches antes de debutar dicho actor, precisamente son obras peligrosas por tener que borrar el recuerdo de Julio Ruiz, Manolo Rodríguez, don José Mesejo, Moncayo y quizás el de mis «morcilas» en el *Maestro Vihuela*, me encontraba yo á primera hora como único concurrente en el citado café de la calle de Echegaray sentado en una mesa leyendo el *Heraldo* y apurando un vaso de agua, mientras llegaba algún conocido con quien «pegarme de gorra».

En este momento entraron Cerbón y un aplaudido matador de toros, y se sentaron en la mesa inmediata y despues de saludarnos afectuosamente pidió el matador una botella de Jerez y tres vasos.

Sirvió la camamera el pedido y mi colega dijo:

—¿Para qué trae tres chatos?

CAMARERA.—Los que ha pedido este señor.

MATADOR.—Sí, hombre, para convidar á Ontiveros.

CERBÓN.—Dejate de convidar á ningún cómico, y sobre todo á ese, que está más que bebido.

MATADOR.—Pues no lo parece.

CERBÓN.—Digo que está más que bebido porque está «embebido» en la lectura.

Hizo algún chiste más á mi costa según supe después y apuraron otra botella sin dirigirme el más leve cumplido.

Todo el personal de la casa, que no tenía que hacer nada en aquel momento, estaba sentado cerca del mostrador, y se dieron cuenta del desprecio, tan fuera de costumbre, que me habían hecho.

Entonces Lola se vino á sentar á mi lado, me metió un duro en el bolsillo y me dijo:

—No puedo consentir que usted haga el ridículo ante un compañero. Ahí le he dejado un duro; pida usted lo que quiera y ya me lo devolverá cuando se contrate.

Agradecí el ofrecimiento; pero no lo acepté á pesar de invocar ella el título de haber trabajado juntos y la obligación de protegerse mutuamente los artistas.

Detrás de ellas desfilaron todas con parecidas

estuve en Madrid, gané más de quince mil pesetas... Ahora, en cambio, tengo la mitad de mis trajes empeñados.

D.—Vosotras no conocísteis aquellos tiempos en que las noches de una mujer, por poco bonita que fuese, no valían menos de cincuenta ó sesenta duros; y ahí tenéis á la *Valenciana* y á Pepa *la Sorda*, que no me dejarán mentir... Hoy día no sucede eso, y es porque hay mucho vicio, muchas señoras mal casadas que se complacen en tener amantes, por el gusto de tenerlos sin ninguna razón interesada... Y, naturalmente, los hombres buscan lo barato.

J.—Dolores dice bien. ¿Hace tiempo que no vas al paseo de coches del Retiro?... Yo estuve el domingo. ¡Qué decepción! Ya las *horizontales* no tienen coche; allí sólo ví niñas casables y señoras casadas. ¡Oh! No es que haya menos alegría, ni menos dinero; los hombres siempre son los mismos; es que el amor va cotizándose cada año á menos precio.

D. *(triunfante)*.—Juzgad por vosotras mismas examinando la situación de vuestros amigos más íntimos. ¿Con quién está enredado Ramiro?

M.—Con la mujer de un empleado de Hacienda.

J.—Desde entonces no viene á verte.

D.—¡Es natural! ¿Y Perico Cruz, no sabe todo el mundo que recibe dinero de la marquesa del Piñón?

M.—Sí.

D.—Pues ahí lo tenéis. Antes había menos hipocresía; antes los hombres necesitaban una querida y la buscaban entre nosotras... Ahora, la rebuscan entre las esposas de sus amigos.

J.—Dices bien.

M. *(con ira reconcentrada)*.—¡Y pensar que estamos así, casi en la miseria, por unas tías... más grandes que nosotras!

D.—Decimos que ya no hay hombres... ¿Sabéis por qué?

J.—Sí

D.—Porque nos los quitan las solteritas y las malas casadas.

J.—¡Como esas no piden dinero!...

D.—Pues las prefieren... aunque no sean tan limpias como nosotras.

M.—¡Quien pudo pensar que nuestra profesión iba á echarla á perder las mujeres decentes!

.....

Félix Recio.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CAJA:
Dos pesetas
De venta en todas las buenas farmacias de España.

LA OFICINA
13, Paz, 13
MADRID
Tel.º 1.090
Restaurant-Cervecería-Pastelería-Licores
Casa la mejor surtida por su gran variedad en fiambres y mariscos de todas clases. Vinos finos de las mejores marcas.
GABINETES INDEPENDIENTES PARA FAMILIAS:

LA HOJA DE PARRA
REVISTA FESTIVA
APARECE LOS SÁBADOS
Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes
Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547 MADRID
NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.